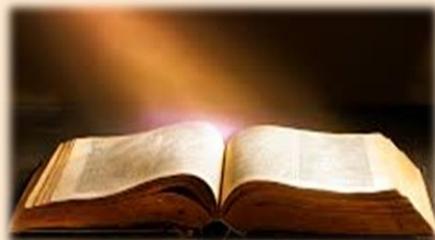


MENSAJE OCTUBRE 2022 N° 251

Palabra de Dios

“Mi mandamiento es éste: Ámense los unos a los otros, como yo los he amado. Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos. Ustedes son mis amigos, si hacen lo que les mando.” Jn 15,12-14



Reflexión

En la noche de la última cena, cuando Jesús está a punto de entregar su vida, da este mandato a los suyos: amarse hasta las últimas consecuencias, a la manera como Él lo hace, dando la vida por sus amigos. Esta forma de amar debiera ser la que rija entre los seres humanos, pero el egoísmo introducido en el mundo por causa del pecado es el mayor impedimento para que esto sea una realidad.

La familia, que es el espacio más adecuado para expresar este amor, dado que es producto del amor que el mismo Dios puso en el ser de sus criaturas, está llamada a ofrecerlo gratuitamente a cada uno de sus miembros llegados a ella por la gracia y la misericordia del Creador. Sin embargo, las ideologías imperantes, la desesperanza, el individualismo posmoderno y globalizado, la influencia de los medios de comunicación, *“el proceso de secularización que tiende a reducir la fe y la Iglesia al ámbito de lo privado y de lo íntimo. Además, al negar toda trascendencia, ha producido una creciente deformación ética, un debilitamiento del sentido del pecado personal y social y un progresivo aumento del relativismo, que ocasionan una desorientación generalizada”* (1), la crisis cultural profunda que atraviesa la familia y muchos otros factores, ha llevado a una muchos a extirpar la nueva vida que está por nacer (abortos) y a no otorgar lo que corresponde, según el querer de Dios, al resto de sus miembros (divorcios, niños huérfanos de padres vivos, etc.).

No obstante, el mandato del Señor sigue teniendo la misma fuerza de aquella noche de despedida. Todos estamos llamados a ponerlo en práctica y no hay justificación para no hacerlo, salvo que impere en nosotros esa visión de las ideologías actuales que propician el beneficio personal por sobre el Bien Común. Jesús nos habla de un amor que es oblación, cuando el mundo nos plantea que el yo es lo importante. Por lo mismo, desde su perspectiva, el mayor beneficio personal o el placer egoísta es un derecho que debo recibir y por lo tanto exigir.

La Sagrada Familia se nos presenta, así como un ideal al que debemos tender puesto que allí se expresaba en plenitud esa disponibilidad para darse. El único acto en que pareciera se rompe esta unidad, es la escapada que hace Jesús niño sin la autorización de sus padres. Y según sus propias palabras lo hace porque debía estar al servicio de su Padre Dios. Luego su vida se desarrolla unido a ellos hasta el final.

María ha demostrado su disponibilidad para donarse, al olvidarse de sí misma y asumir en ella el plan de Dios, haciéndose su esclava. José, por su parte también acepta el plan de su Dios y Señor y le servirá hasta el fin de su vida, en su Hijo amado, asumiendo en la virginidad a su esposa María y formando con ella la comunidad de amor y vida que Dios ha dispuesto para la familia por Él

instituida.

Imploremos a Dios la gracia para poder construir nuestra familia conforme al modelo que Él nos ofrece en la que fue cuna y escuela de formación para Jesús.

LA FAMILIA HOY

Si hay algo que el ser humano añora en el fondo de su ser es contar con una familia, pues ha sido el primer lugar en donde adquirimos conciencia de nuestro ser personal, al margen de cómo haya sido el trato recibido. Por su esencia, la familia debiera ser el primer lugar en donde experimentemos el amor gratuito, aunque no siempre es así, pues hay diversas situaciones que hacen, al ser humano desarrollado, perder la perspectiva de los valores que el núcleo familiar encierra.

Como cristianos debemos escuchar al Maestro que, al hablar de familia, nos pide ir al principio. Al consultar la Escritura leemos que Dios creó al hombre (varón y mujer), iguales en naturaleza y dignidad; salidos de las manos del Creador, pero distintos en la modalidad. Vale decir, con una presencia en el mundo distinta, tanto en el plano físico como en el espiritual.

Insufló en ellos un aliento de vida y los dotó de un alma inmortal estableciendo en ellos la simiente del amor, causa de su existencia y razón de su vivir. Hechos por amor; nacidos para amar. Luego les ordenó: *“Creced y multiplicaos.”*

El crecer implicaba su desarrollo integral, tanto físico como espiritual y el multiplicarse destinado a poblar la tierra.

El amor quedaba en el centro de su cometido. Primero para establecer una relación afectiva con su Creador y luego entre sí, para construir la Comunión de amor y vida que los asemejaba al Dios Todopoderoso que les había dado el ser. En segundo lugar, estaba el amor hacia todo cuanto les rodeaba, puesto allí por la bondad de quien les había otorgado la vida y en particular por lo que sería el fruto de su amor, los hijos: don, gozo y responsabilidad de la misión a la que estaban destinados. Así se concretaba *“la familia”* dentro del plan original de Dios.

Pero, ¿Qué ha ocurrido con el paso de los años?

Este ordenamiento instituido por Dios para el bien de sus criaturas ha sido modificado por la soberbia del hombre (varón-mujer) que, libre y voluntariamente, ha desconocido su dependencia de quien le sostiene en su existencia, con lo que ha destruido la armonía del orden establecido. La primera víctima de su imprudencia ha sido *“el amor”*, lo que le aleja de su Creador y rompe la unidad entre varón y mujer. De ser dos seres que armónicamente buscaban la complementación, se transforman en rivales que egoístamente luchan por la supremacía.



Dios que no nos abandona jamás, aunque seamos los mayores pecadores, le neguemos, despreciemos su ordenamiento (ley natural) y desconozcamos sus divinos mandatos, viene en

nuestro socorro en la persona de su Hijo amado y nos muestra con palabras y hechos lo que debemos hacer para recobrar el orden establecido. Él, con la entrega generosa de sí mismo, restaura el amor herido y nos abre su propio corazón para que nos adhiramos a Él y por Él podamos volver al regazo del Padre del que soberbiamente nos habíamos alejado.

Ahora tenemos la oportunidad de concretar el plan original de Dios construyendo familias, frutos del amor y en dónde éste sea el gran motor que impulse nuestro existir. Ello solo será posible si comprendemos lo que es el amor verdadero, la causa de nuestro existir y la razón de nuestro vivir.

La visión distorsionada que tiene el hombre actual (varón-mujer) de lo que es el amor, que en Dios es donación y en cambio el ser humano lo interpreta como egoísmo, donde el centro de la ocupación es el yo, es un impedimento para conformar familias conforme al querer de Dios. Las tristes consecuencias del divorcio y el aborto así lo confirman, pues se basan, muchas veces, en la búsqueda del beneficio personal y particular, en lugar de mirar hacia quien he unido mi vida y a los hijos fruto de esa unión.

Esta es una de las razones por las que el nuevo ser llegado a este mundo, no puede experimentar el amor gratuito que requiere para su desarrollo integral. De esta manera su desarrollo es incompleto, marcando la interioridad de su vida con ese anhelo insatisfecho.

El amor de Dios puede sanar esa herida, pero si el hombre (varón-mujer) no se abre al conocimiento de Dios, muy difícilmente podrá lograr se haga realidad en su existencia y vivirá con esa añoranza y vanos intentos por lograr su felicidad.



Es por ello que hoy vemos concepciones muy diferentes a la familia instituida por Dios.

Hay quienes pretenden hacerse dueños del universo modificando lo que la sabiduría infinita del Creador dispuso, negando su existencia y su presencia en medio de la creación; se desconoce la ley natural que ha inscrito en la naturaleza; se pretende negar su acción creadora en la generación de la vida; se pretende negar su disposición para que existiera el varón y la mujer, imponiendo nuevas definiciones que son deformaciones que el ser humano herido ha hecho de la realidad; se promueven distintas concepciones para definir lo que es el amor y los atributos con que el Creador adornó la existencia humana.

No obstante, como nos recordaba San Juan Pablo II, “el amor es más fuerte”, pues Dios es Amor y la Familia, su institución, seguirá presente en el anhelo de poseerla, en la interioridad del hombre. Trabajemos por ella con el mayor ahínco.

Reflexión compartida.

- ¿Soy consciente de que el amor es la causa de mi existir por lo que debo amar?
- ¿Existe algún otro lugar donde experimentar el amor gratuito, aparte de la familia?
- ¿Es la familia el anhelo oculto que bulle en nuestro interior y nos hace abrirnos?
- ¿Por qué concepción de familia me esforzaré en conformar?



ORACIÓN POR LA FAMILIA
Santa Teresa de Calcuta



Oh Padre celestial, nos has dado un modelo de vida
en la Sagrada Familia de Nazaret.
Ayúdanos, Padre amado, a hacer de nuestras familias
otro Nazaret, donde reine el amor, la paz y la alegría.

Que sea profundamente contemplativa,
intensamente eucarística y vibrante con alegría.

Ayúdanos a permanecer unidos por la oración
en familia en los momentos de gozo y de dolor.

Enséñanos a ver a Jesucristo en los miembros de nuestra familia
especialmente en los momentos de angustia.

Haz que el corazón de Jesús Eucaristía
haga nuestros corazones mansos y humildes como el suyo
y ayúdanos a sobrellevar las obligaciones
familiares de una manera santa.

Haz que nos amemos más y más unos a otros cada día
como Dios nos ama a cada uno de nosotros
y a perdonarnos mutuamente nuestras faltas
como Tú perdonas nuestros pecados.

Ayúdanos, oh Padre amado, a recibir todo
lo que nos das y a dar todo lo que quieres recibir,
con una gran sonrisa.

Inmaculado Corazón de María,
Causa de nuestra alegría, ruega por nosotros.

Santo Ángeles de la Guarda permaneced a
nuestro lado, guiadnos y protegédnos. Amén.

(1) Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* (24 de noviembre de 2013), 64.